

sienta el señor Durand? De prisa, de prisa, que no hay tiempo que perder.

—Ahí está, señor—dijo señalando el vacío.

Miró y descubrió a un señor gordo en la primera fila de butacas, al que comenzó a hacer signos. Muy atento a la conferencia, el gordo no se daba por aludido.

—No se preocupe usted—dijo al que creía atrasado—. Aquí tiene usted una butaca vacía.

Sin escucharme, el recién llegado, que demostraba viva agitación, ahuecó las manos a guisa de cuerno y gritó tan alto como pudo:

—¡Durand! ¡Hay fuego en su casa!

Como movida por un resorte se levantó la sala entera. El gordo, también. El escándalo, los empujones, los gritos inenarrables.

Juan Fardot murmuraba:

—¡Ah! ¿Por qué, Dios mío, no habré invitado a los Dupont?

Max et Alex FISCHER

PERIODICOS

Hemos recibido de México: "Variedades", Guadalajara.—"La Revolución Social", México, D. F.

Alemania: "Der Syndikalist", Berlín.

Cuba: "Acción Consciente", "Nueva Luz", "Boletín del Torcedor", Habana.

Honduras: "Hispano-América", "Ateneo de Honduras", "Boletín de la Escuela Normal de varones", Tegucigalpa.

Costa Rica: "La Escuela Costarricense", San José de Costa Rica.

Uruguay: "El Telégrafo", Paysandú.—"Acción Cultural", Montevideo.

Brasil: "Renascença", Sao Paulo.

España: "Germinal", Málaga.

Bolivia: "Arte y Trabajo", Cochabamba.—"El Ferroviario", Oruro.

Perú: "El Tipógrafo", Huánuco.—"El Obrero en Madera", Lima.

E. U. A.: "Boletín del Torcedor", Tampa, Fla.—"Solidaridad", Chicago.—"Industrial Solidarity", Chicago.

Islas Baleares: "Cultura Obrera", Palma de Mallorca.

Chile: "El Trabajo", Temuco.—"La Justicia", Talcahuano.—"El Sembrador", Iquique.—"El Siglo", Los Angeles.—"Pluma Libertaria", Antofagasta.—"El Despertar", Iquique.—"El Chileno", Valparaíso.—"El Comunista", Antofagasta.—"La Jornada", Valdivia.

JUVENTUD

A SUS LECTORES Y AGENTES

Juventud aparecerá próximamente.

Para la vida regular de la revista en el futuro, pedimos una vez más a nuestros amigos de todo el país que nos ayuden cancelándonos lo que nos deben. Juventud carece de capital, su publicación demanda continuos sacrificios, justo es que, por lo menos, nos paguen lo que con toda confianza les hemos entregado.

Redacción y Administración:

Castilla 2771—Agustinas 632—

FRAGMENTOS

He mirado en redor

... He mirado en redor, anheloso de algo verdaderamente mío, deslumbrado por el milagro, acosado por la soledad que, cada día, crece, crece. Vilanos errantes, van mis palabras sobre el viento imperceptible que mueve los espíritus. Mas, para ellas, no hay ventana de ansiedad abierta sobre el camino. ¿Dónde tender, entonces, vuestras pobres miradas mendicantes? ¿Dónde crispar vuestras manos extendidas en el vacío desmesurado?

Desde hace años, desde todo el ayer, he vivido tranquilo, ignorante de mí mismo, frente al flujo cotidiano de las apariencias. Siempre la casa antigua y maternal que todo lo atrae y diluye en una borrosa dulzura; los rostros que se llegan a desconocer de tanto verse, inclinados—siempre, siempre—sobre la tierra de los muertos; las voluntades castas y hacendosas, prontas al sacrificio humilde. Y en los objetos la misma opacidad: resignación incomparable, renuncia a la estéril recompensa de la rebelión y del sol.

Ahora, debatiéndome, con divino encarnizamiento lúcido, en este pantano de monotonía y de costumbre, me incorporo hacia la luz perdida; veo la indigencia de mi corazón, orgullosamente oculta bajo un hacinamiento de palabras sin sentido, de sonrisas mecánicas, de actitudes que sólo son una pobre defensa. Asisto al drama de mí mismo. Y heme aquí, caminando a través del tiempo y el espacio, abrumado por la culpa de comprender...

El deseo vagabundo

Blancos cuerpos vibrantes, velados por vestidos de Otoño, pasan, irradiando sobre mí la luz de la vida. Por las calles de la tarde me voy tras ellos, vacilante como un niño en la sombra, cegado por el resplandor de lo que no me pertenece. Como ayer, como siempre, el hastío me empuja de allá para acá, en búsqueda perpetua.

Mi ansia indigente se disgrega ahora, en las mujeres que pasan; se enreda al albo aleteo de manos y de senos; se accruca en los rincones de las pupilas, y se va con ellas hasta abandonarlas a la vuelta de las esquinas o en los umbrales de las casas. Mis ojos, agrandados, parecen gemir la turbia angustia de mis entrañas; todo yo soy un llamamiento y una dádiva. Así, encorvado sobre una estrella de fragancia y de misterio, me asemejo a una garra enorme tendida hacia la belleza fugitiva.

¿Quién soy yo que así vago y tiemblo y desespero, tras las finas siluetas que parecen cantar, al alejarse, en el crepúsculo? El deseo vagabundo, la locura balbuciente de poseer, sobre el césped ancestral o entre los cuatro muros de una estancia que limita el horror de la lejanía, y encierra el dulce grito de la carne penetrada.

Miro; camino; parece que huyo... Atravieso avenidas sombrías, calles, portales iluminados, hasta que, de pronto, me encuentro en una gran plaza, florecida de mujeres, de claridad, de música. Mendigo de realidades palpitantes, hambriento de la gran ternura que no viene, permanezco ahí, inmóvil, tendiendo mi

silencio como una súplica. Las sonrisas resbalan por los rostros, parecen caer a mis pies; perfumes íntimos adetean en el aire y embriagan mis sentidos expectantes. Yo sé, yo conozco el drama de cada una, el drama del deso prisionero, de los sexos que tiemblan y se entreabren como bocas suplicantes, bajo los vestidos de Otoño. Los veo, los veo. Mis ojos degarran sedas y terciopelos, se deslizan por suaves sinuosidades, hurgan en la verdad... Y poco a poco, la multitud, los árboles, los ritmos de la sinfonía desgredada, la tarde, mi corazón, se van confundiendo en una misma niebla que se extiende y se extiende hasta alcanzar límites de pavor y de oscura...

Del amor

Desde este banco donde me ha arrojado el cansancio de otra jornada estéril, los veo venir, muy juntos. Sus sombras danzan, entrelazadas, en el camino del crepúsculo. Ella mira al sol; él mira su rostro.

La ternura espléndida y una especie de pureza comparable a la aurora, deslumbran en las sonrisas que parecen desprenderse de labios y miradas como manojos de luz. Adivino la palabra que canta en ambas bocas demasiado próximas:

—Siempre.

—Siempre.

Miro al hombre, embriagado de sí mismo y, a pesar de eso, ausente de su corazón. Gesticula, se inclina sobre la mujer como sobre un abismo; la belleza del mundo y de la tarde sólo existe, para él, en esos dulces ojos pensativos. En medio de la muchedumbre es un naufrago cogido desesperadamente a ese cuerpo que no ha penetrado aún, a ese espíritu que va al lado del suyo y, sin embargo, separado de él por todo el infinito.

La mujer sonríe, radiosamente orgullosa del don intacto que tiembla bajo sus vestidos. Espera conmovida, vislumbra la cercanía del gran drama de vértigo, de gemidos, de ternura feroz. ¿Hoy? ¿Mañana? Marchan hacia él, jubilosamente predestinados; es lo inevitable. Como la muerte, tiene que ser... Después vendrá el hastío que aparta y abruma como un viento de invierno, o la costumbre que encierra en esa telaraña de monotonía y de milagro que es la dicha.

Han pasado. Se pierden en la masa hostil. Detrás de ellos crece la sombra. Y yo sigo construyendo con terrible paciencia el destino de esa pareja, igual, en el fondo, al de todas las parejas humanas heridas por la misma belleza, cegadas por idéntica luz.

Cierro los ojos para seguirlos viendo... Ahora están junto a una mesa, pero ya, con los años, son otros. Tienen las almas y los cuerpos ajados; la sonrisa opaca; los gestos, lentos. Un silencio plácido y familiar. Como la luz de la lámpara, cobija el vuelo de sus pensamientos. De improviso, el hombre alza los ojos; la mira como una tarde remota; luego hablan. Viejos caminos, semblantes desvanecidos, toda la confusa verdad del pasado revive y parece gemir.

—¿Recuerdas?

—¿Recuerdas?

Inclinados, ávidos, son como dos

niños que descifran un borroso libro de estampas. Él dice:

—Igual que el destino, siempre has estado ante mí y, sin embargo, sólo ahora comprendo que no te conozco, que nunca te he conocido.

Recuerda los instantes en que sus cuerpos se entrelazaban en el orgasmo nupcial: ella y él cerraban los ojos, porque cada uno gozaba en sí mismo. Y cuando la angustia de vivir desgarraba porfiadamente sus almas, ella y él, mirándose, sonreían: porque cada uno sufría en sí mismo. Lúcidos implacables, disgregan el pasado, comprenden al fin, abarcan la verdad, toda la verdad. Ven la separación irremediable, el aislamiento de cada ser, la locura del amor que cree derrumbar muros y romper límites, el vacío donde la esperanza se tiende y se crispa como una mano mendiga. Él continúa:

—Cree en mi amor hacia tí, y sólo he amado en tí un sueño mío. Un sueño casi tan largo como la vida, tan vano como ella. Estoy solo. Estamos solos. ¿Quién conocerá jamás mi verdad? ¿Quién conocerá tu verdad? ¿Quién conocerá tu verdad? La oración de todo creyente debiera decir: "¡Libranos, Señor, hasta la muerte, de la penuria de comprender!"

La mujer insinúa un gesto vago de súplica; sus labios tiemblan en un balbuceo, pero la realidad es una lápida que encierra sus tiernas protestas. Con los ojos bajos, solloza, ahogada de silencio y de verdad.

Eugenio GONZALEZ R.

Editorial "Claridad"

Obras en venta

La Doctrina Anarquista por P. Eltbacher	\$ 0.50
La Falsa Redención por S. Faure	0.40
La Dictadura de la Burguesía por S. Faure	0.40
La Libertad de Opinar por Carlos Vicuña Fuentes	5.00
La Cuestión Social por Carlos Vicuña Fuentes	2.50
La Conquista del Pan por P. Kropotkin	1.20
El Sindicalismo Libertario A. Pestana	0.40
La Tercera Internacional por C. Pereyra	1.50
La Reforma Educativa en Rusia por Ingenieros	2.00
Entre campesinos por E. Malatesta	0.40
Organización y Revolución	0.40
El Comunismo en América por Evangelina Arratia	0.40
Los Ciegos por Rafael Maluenda	2.00
Subterra por Baldomero Lillo	2.00

Todo pedido debe dirigirse al Administrador de "Claridad", Castilla 3323, Santiago.

Crepusculario

Libro de poemas de Pablo Nerida. Se está imprimiendo.